

voluntad; y el advenimiento de la democracia que asegura los derechos individuales con el gobierno de los pueblos por sí mismos, y las saludables aplicaciones de los principios científicos á la industria, y la mayor amplitud del comercio, la libertad del trabajo; brillantísimo ciclo de reformas y grandezas, cuya virtud entera sólo alcanzarán los siglos venideros.

En la cuestión del mejor criterio para la Historia, los pareceres varios y aun discordes abundan, creyendo unos más autorizados á contar los hechos de aquellos escritores que los presencian, creyendo otros más autorizados á contar los hechos aquellos escritores que los ven desde lejos en las perspectivas de lo pasado y en el horizonte casi de la eternidad. Pero, por poco que nos paremos á meditar acerca de tal asunto, saltará con seguridad á nuestra vista la consideración de que, si circunscribimos la jurisdicción del historiador á lo visto y experimentado por él, imposibilitamos completamente la Historia, reduciéndola, en su achicamiento, á mera desnuda Crónica, muy análoga con las trazadas por los monjes de la Edad Media en el retiro de sus celdas, cuando suscribían en algunas palabras secas y concisas los hechos que resonaban en las bóvedas de sus claustros, y cuya noticia perturbaba la vida, tan semejante á la muerte, de un monasterio. Entre las ciencias agrandadas por el espíritu de nuestro tiempo, ninguna como la Historia. Existen ciencias, las Matemáticas y la Metafísica por ejemplo, que pueden á una enriquecerse fácilmente con el transcurso de los siglos y con el ejercicio de las fuerzas en los movimientos seculares contenidas, pero que no pueden agrandar de ningún modo en lo fundamental por no permitir su naturaleza íntima la extensión y ensanche de los principios, sobre que descansan, y que resultan como el espacio en los conceptos, como la cantidad en lo abstracto, como el ser en lo esencial, absolutos. Pero la Historia va ensanchándose, conforme suele dilatarse la vida. Si cada hombre no pudiera contar sino aquello que ha visto, adiós ciencia histórica. Imposible de toda imposibilidad el enlace de los hechos unos con otros, el razonamiento acerca de su trascendental importancia, el sistema y la serie, toda parte científica y aun artística del trabajo histórico, que pide unas evocaciones semejantes á verdadera y continua resurrección. El historiador no podrá pasar, dando el caso de que sólo contara lo visto por él, del horizonte sensible de su pueblo; y llevando las cosas con rigor lógico, del seno de su hogar, y aún de la singularidad y aislamiento de su persona, en la cual tan sólo podría contar, medir, conocer, historiar el hecho y fenómeno, semejante á un físico que, para estudiar la electricidad, sólo estudiase y reconociese aquel fluido eléctrico que atraviesa y sacude sus nervios, no el difundido por los espacios y proveniente de los innumerales focos de luz, y de calor y de magnetismo que hay derramados en la insondable inmensidad.

¶ Llamen á la epopeya poesía objetiva. Yo nada conozco de un carácter tan objetivo como la Historia. Existen, y no hay para qué negarlo, en ella ciertos géneros literarios que toman

un carácter sumamente personal; como por ejemplo, las memorias, material histórico de primer orden, pero que no componen la ciencia misma, como no componen el Escorial de ningún modo, las piedras, las cuales bien pudieron amontonarse de cualquier otra manera, sino la ciencia matemática y la inspiración artística de sus grandiosos arquitectos. Casualmente, no conozco ciencia que haya crecido en estos nuestros días como la ciencia histórica. En tiempo alguno la imparcialidad impone sus serenos sentimientos como en este tiempo. Siglo de síntesis y siglo de soluciones el que hoy termina, bien puede asegurarse que no entra en su seno aquel espíritu combatiente y negativo que distinguió á la Historia Europea en los comienzos de la revolución, cuando, para negar el predominio de la clerecía en el Estado, se negaba la creencia y la moral religiosas; como para destruir la terrible Monarquía de los reyes absolutos, se destruía toda la vieja y secular Historia, desconociendo sin empacho y sin escrúpulo hasta los servicios prestados por tan grandes organismos á la unidad y á la igualdad de los pueblos. Si; no conozco época ninguna en que los hechos se hayan sistematizado y las leyes generales deducido de los hechos mismos, como esta época que atravesamos, donde comienzan á conocerse los enlaces de las causas con los efectos, el dialéctico rigor de las sistematizadas series históricas, la fuerza lógica de los hechos, como en esta época.

Existen otras ciencias que, apareciendo antes como un conjunto de seres y hechos más ó menos sistematizados, aparecen hoy como un conjunto de leyes más ó menos averiguados. Tal sucede con las Ciencias naturales. Para medir cuánto han progresado no hay como comparar un libro de Aristóteles ó de Plinio con un libro de Darwin. Hay Ciencias deudoras de su desarrollo progresivo ó instrumentos como el telescopio, que tanto sirve á la Astronomía, y el microscopio, que tanto sirve á la Medicina. Hay Ciencias, las cuales no pueden existir, sino después de ciertos descubrimientos, cual á esas ciencias, que tienen por objeto la electricidad, les sucede hoy, pues antes de Galvani, de Franklin, de Volta, de Moorse, de los grandes reveladores ó aplicadores del fluido, sabíase á lo sumo que las barbillas de pluma ó los átomos de papel se pegaban por medio de indefinible atracción al ámbar calentado por sencillas frotaciones. Pero la Historia indudablemente hoy toma caracteres de universalidad como en otro tiempo no tuvo; correspondiendo á conceptos desconocidos, ó no allegados hasta nuestros días. Desde aquel punto, en que se atribuyó á la sociedad el carácter de un gran ser orgánico, y á la Historia se le confió el mostrarnos cómo este gran ser se desarrollara en los pasados tiempos, no había más remedio sino transformar esta ciencia como el concepto fundamental de la sociedad se había también transformado. A los grandes historiadores en lo antiguo bastábales conocer la sociedad bajo su aspecto político y mirar los desarrollos del Estado para desempeñar su ministerio y cumplir su cometido. Pero nosotros sabemos que la sociedad no se reduce al Estado, sino que se dilata por la ciencia, por el arte, por la religión, por todas las manifestaciones del humano espíritu, llevando

en sí virtualmente las facultades al género humano esenciales, y motoras ó determinantes de su vida, es decir, de la encarnación de su esencia en el espacio y en el tiempo. Reduciase, allá en las edades antiguas, y en los días mismos del Renacimiento, un trabajo histórico á narrar la política, la economía y la guerra ó el arte militar. Fuera de tales manifestaciones del espíritu no conocía otras. Y, sin embargo, las ideas han determinado y producido en tal guisa los hechos, que sin conocer aquéllas no podemos conocer éstos que con aquéllas se corresponden y relacionan. Explicadme la gran lucha de Carlos V con los electores germánicos, de Felipe II con Enrique IV de Francia é Isabel de Inglaterra, la campaña de treinta años, el Edicto de Nantes y su revocación, el destronamiento de los Estuardos y sus restauraciones, las guerras religiosas, todos los hechos capitales de las cuatro centurias últimas sin explicarme antes cosas al parecer ajenas á la política y á sus diversos campos de actividad y ejercicio como las rivalidades perdurables entre agustinos y dominicos, determinante de la revolución luterana. Este concepto de que la sociedad compone un todo verdaderamente orgánico; esta serie de las manifestaciones sociales, que comprende la familia con sus sentimientos, el Estado con su política y su economía, la Religión con sus dogmas, el Arte con sus inspiraciones, la Ciencia con sus ideas, han dado á la Historia en los últimos tiempos una extensión y una grandeza que supera en mucho á la extensión y á la grandeza tomadas por las demás ciencias con haber crecido todas tanto. Y así hállase obligado el historiador, no á uno de aquellos trabajos enciclopédicos, los cuales iban amontonando ideas, noticias en una especie de gran acervo común; á un trabajo sintético, el cual dé, y si no da por imposible, busque por aproximación las leyes de los hechos históricos, y explique cómo éstos se relacionan, cuál en el organismo los órganos, cuál en el sistema los miembros de él componentes, cuál en la serie los términos dialécticos, cuál en la vida los fenómenos necesarios, cuál en el mundo animado las varias entrelazadas especies, cuál en la gravedad los orbes.

¡Cómo es de admirar la inmanencia del espíritu en la Historia y la perennidad de sus aptitudes fundamentales! ¡Cómo se vé que aquellas virtudes, cuyo conjunto forma la compleción de un pueblo, pasan de una edad á otra sin alterarse fundamentalmente, aunque las leyes y las instituciones y la política se hayan alterado! La cualidad culminante de los pretores y de los jurisconsultos romanos en la antigüedad fué aplicar las ideas metafísicas al derecho; y la cualidad culminante de los pontífices y de los sacerdotes romanos en la Edad Media fué aplicar la metafísica y la moral á la política. Este poder espiritual dulcificó las costumbres, levantó los ideales, puso paz en el seno de la guerra y salvó los restos de la ciencia. La Historia había visto, sobre todo en el antiguo continente asiático muchas castas sacerdotales, constituyendo una verdadera teocracia, es decir, un gobierno que abrazaba y contenía así el mundo espiritual como el mundo temporal; pero nunca había visto una clase, que separada de una política temporal en lo posible entonces, se consagrara mera-

mente á las ideas y ejerciese por medio de esta consagración una especie de protectorado moral elevadísimo sobre todos los gobiernos. Imaginaos que en lo antiguo la ley moral única era la ley positiva; el magistrado religioso era también el magistrado político; y la que podríamos llamar la Iglesia, ó sea la sociedad espiritual, era la misma sociedad temporal y práctica; por todo lo que la conciencia carecía de idealidad, y el mundo carecía á su vez de verdadera forma. Se necesita subir con el pensamiento á los tiempos antiguos; ver con la imaginación aquellas sociedades erigidas sobre las castas, y aquellas castas conservadas por el principio hereditario, para comprender y sentir toda la influencia saludable que ejercía el principio político de la elección, principio esencialmente republicano, en el nombramiento de los Pontífices, así como el nombramiento de los Pontífices en el progreso general hacia adelante y la ascensión continua é infatigable á los grandes ideales humanos. La consignación de los Pontífices, es decir, el método de nombrarlos, fué como una de las marzanas de la discordia, lanzadas en las competencias y en las porfías de los siglos medios. Pero una vez regulada la elección, cuando dejaron de disputársela el pueblo romano, el patriciado antiguo, los caballeros de Túsculo y los emperadores de Alemania, vióse que, independiente el poder espiritual, admitía este principio, en el cual se hallaba como contenida la ruina de todas las castas; el principio de que los inferiores nombren y designen al superior en autoridad y jerarquía. Así como el espíritu se perdiera en el sensualismo antiguo, de no haber sobrevenido la gran reacción espiritualista cristiana, perdiérase el germen del derecho moderno, la raíz de las democracias, de no haber sobrevenido para extender prácticamente la igualdad en el régimen religioso. El clero en aquellos siglos bárbaros recibía una grande educación intelectual y moral, y lo mismo que la recibía la daba, iniciando en misterios, hasta entonces desconocidos, al pueblo, sabedor al cabo de la igualdad fundamental de su naturaleza con los mismos que lo tiranizaban. Naturalmente, hoy, en nuestro hogar seguro, bajo nuestros códigos iguales para todos los ciudadanos, con la conciencia libre y manumitada de la tutela del Estado; emancipada nuestra persona, consagrado nuestro derecho, reducido el poder á las menores facultades posibles, apenas podemos concebir y alcanzar la suerte que á los pobres siervos les tocaba en aquella férrea organización social, como no concebiría aquél á quien le dieseis una bellota que, en tan diminuto germen, se encerrara la colosal encina, cuyas raíces arraigan en lo profundo y cuyas ramas se extienden por el cielo, desafiando la implacable furia de los elementos y la continua corriente de los siglos. ¡Ah! Los que lloramos por nuestro oficio de historiadores, con todos los que lloran; los que sufrimos con todos los que sufren, los que tenemos sobre nuestras espaldas encorvadas para mirar el abismo de los tiempos pasados, todo el peso de los hierros que se han roto en la manos y en los pies de esta mísera humanidad, no podemos menos de admirar la virtud de educación, que en ciertos períodos dados, han tenido las grandes instituciones históricas, cuya fuerza crea-

dora produce poco á poco la humana sociedad. Imaginaos lo que hubiera sido del mundo sin el principio electivo de la Iglesia católica en medio del derecho hereditario de la sociedad feudal; imaginaos qué hubiera sido sin aquel clero puesto aparte del mundo para conservar la idealidad indispensable á conseguir que este ángel llamado hombre, cuyas alas se pegan tan fácilmente al barro de la tierra, no cayese en las estirpes inferiores y en la servidumbre horrible de la vida puramente animal. El mismo celibato eclesiástico, á tanta costa arrancado por Gregorio VII, impidió que el clero católico se convirtiera en una casta teocrática, á imagen y semejanza de las castas asiáticas. Fué este medio supremo, y hasta cierto punto atentatorio á las facultades más necesarias de la humanidad, el único capaz de impedir que aquella democracia en germen, á la cual eran llamados, bien al revés que en las instituciones feudales y monárquicas, todos los hombres, sin preguntarles ni por su cuna ni por su estirpe, ni por su origen se convirtiera en otra casta por medio de la herencia.

Este principio del celibato eclesiástico, que tantos y tantos critican en Europa hoy, ha servido en la democratización de nuestro Continente de una manera tal, que no puede apenas concebirse y explicarse. Así es que, una Historia del siglo décimo-nono, sin enlace con la historia de los otros siglos, apenas podía escribirse; ó escrita, no tendría la verdadera sustantividad de una Historia. No basta para conocer los hechos del siglo XIX conocer la guerra de Napoleón el *Grande* con la Europa monárquica, del partido liberal con los realistas, del partido wigh con los torys, de los griegos con los turcos, de los turcos con los rusos, de los rusos con los magyares, de los magyares y los italianos con los austriacos y los croatas, de los austriacos y los croatas con los prusianos, de los prusianos con los franceses, no basta, no, con saber las grandes competencias militares y políticas, pues sólo aprenderíamos una serie corta de fenómenos, un lado relativo de la vida, una faceta del espíritu, y no toda la vida, y no todo el espíritu, y no toda la sociedad. Imposible pasar ante la campaña célebre de Egipto sin comprender cómo en ellos los geroglíficos empezaron á revelar sus ocultas ideas y noticias, cual capullos que se abren para dejar paso á las flores, ó cual flores que se despojan para dar paso á las frutas. Y al mismo tiempo que ocurre tal hecho, sucedido como para llevar luz á los siglos pasados, desconcertando todos los viejos cómputos, como el telescopio desconcertó los antiguos cálculos astronómicos y dilatando los horizontes históricos hasta hacerlos frisar con la eternidad, otra perspectiva se abre hacia lo porvenir, y un poco de hirviente agua en una caldera, llamada de vapor aparece cambiando por modo bien radical y nuevo todas las antiguas condiciones de la navegación y de la industria. No puede, no, llamarse historiador del siglo XIX, aquel que olvide ó suprima en sus narraciones cuanto ha subvertido la ciencia de lo pasado al descifre de la escritura geroglífica y cuánto las condiciones actuales de industria y trabajo, el invento de máquina como el vapor. Junto á las guerras, y sobre las guerras empéñanse bata-

llas, como aquella espiritual de clásicos y románticos, en la cual está el humano espíritu tan interesado como en las guerras del Imperio, ó como en la revolución del treinta, porque si las últimas se traban por la independencia del territorio y por la libertad del ciudadano, trábanse aquellas por cosa tan de suyo santa como la emancipación del arte y del artista. Desconocerá el siglo quien desconozca el combate ardoroso entre idealistas y materialistas, entre pre-rafaelinos, y post-rafaelinos, entre socialistas é individualistas, entre occidentales y eslavófilos, entre pamislamitas y panslavistas, entre los que profesan la inmutabilidad y los que quieren la mutabilidad de las especies, entre los viejos y los nuevos católicos, entre los geólogos de las catástrofes súbitas y los geólogos de las evoluciones lentas, entre la escuela pesimista y la escuela optimista, entre los partidarios del libre cambio y los partidarios de la protección, entre los positivistas en filosofía, los realistas en literatura y sus contrarios ú opuestos; pues en todas estas batallas descubriréis aspectos múltiples del espíritu humano, cuyo estudio resulta indispensable al conocimiento, así de su rica interior esencia como de su histórico desarrollo. Desconocería el siglo quien sólo conociese á Bonaparte y á Bismark. No sabría que Alemania brillará más por su sér tan débil y frágil como la Margarita del *Fausto*, que por ser tan fuerte y férreo como el Moltke de Sadowa y de Sedán. El cesarismo en que ha caído Alemania, se conoce, tanto por la política que le ha pedido á la fuerza el triunfo de la unidad alemana, como por la filosofía que, abominando del progreso y maldiciendo de la democracia, se ha empeñado en extender á los pies de la humanidad esa especie de abismo intelectual, llamado Nirvana: y que atrae con los llamamientos de sus fauces los humanos al suicidio, por lo menos al sacrificio de la libertad.

Quien desconociese la filosofía en este siglo, asemejárase á quien desconociese la Escolástica en los siglos medios. Indudablemente, la religión de la Edad Media tomó una parte muy considerable de sus principios al politeísmo antiguo; indudablemente, el clero romano pretendió privilegios excesivos, y tuvo el egoísmo propio de todas las clases colocadas en una especie de puesto aislado y aparte en la Historia: indudablemente, su organización se pareció en mucho á la misma organización que combatía; pero desconoceríamos completamente la Historia, pidiendo á las instituciones y á los tiempos más, mucho más de lo que pueden naturalmente darnos. No, no hay que desconocer la grandeza de los elementos que una revolución va á combatir, si queremos apreciar toda la intensidad revolucionaria, y todo el magno poder de su esfuerzo. Si miráis al Pontificado de este siglo, perdéis inútilmente el tiempo; pero miradlo en medio del feudalismo, cuando éste era la fuerza y el Pontificado la moral, cuando éste era la anarquía y el Pontificado la autoridad, cuando éste era la asociación de los guerreros condenados á una batalla perpétua y el Pontificado la asociación de las almas que volaban á lo ideal; y decidme si concebís el mundo de la Edad Media sin su dirección y sin su tutela. Al hombre individual, ya venido de las selvas